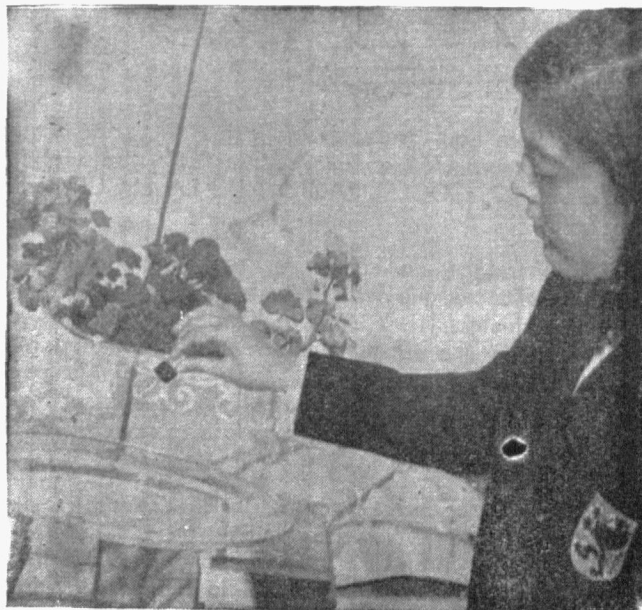


# Proyección hacia la vida de la formación científica del niño

Por CONSUELO MARTIN

Profesora del colegio «Guadalaviar». Valencia



Disposición abierta para conocer y querer el mundo que le rodea. Una respuesta clara y alegre a los «porqués» que acuden a su mente. Destreza y capacidad para manejar las fuentes de energía que brinda la Naturaleza. Respeto y admiración hacia cualquier detalle de la Creación. Solidaridad con los progresos de la Técnica... He aquí sólo algunas actitudes que se despiertan y desarrollan en el niño, en el que se ha cultivado un espíritu científico.

El objetivo que anima a los nuevos cuestionarios de Enseñanza Primaria llega mucho más allá del suministro de un bagaje de nociones y conocimientos: se trata de modelar la personalidad íntegra de futuros hombres y mujeres. Y ante esta perspectiva de carácter formativo, las disciplinas científicas ofrecen un campo inmenso de posibilidades. Todo depende del modo en que se enfoque su enseñanza. Vivimos en el siglo de la Técnica, y cualquier hombre, para sentirse ambientado, necesita un mínimo de formación científica. Sin ella le sería imposible familiarizarse con las noticias de la prensa, la radio o la televisión; no llegaría a manejar racionalmente la infinidad de mecanismos que pasan por sus manos cada día.

Pero no es esta razón de actualidad la más poderosa a favor de una seria formación científica. Aunque en otras épocas no se haya palpado esta urgente necesidad, el hombre —y no menos el niño— ha estado siempre rodeado de ciencia por todas partes. La Ciencia no se esconde sólo tras el mecanismo de un aparato cuajado de ruedas: late también en el fenómeno natural más sencillo: el soplo del viento, el vuelo de un ave, la maduración de un fruto, guardan un tesoro científico para el curioso descubridor que puede ser cada niño. Justamente en esta circunstancia está la clave: en explotar las cualidades de investigador que hay latentes en cada espíritu infantil; en dirigir y dar cauce a la gran aventura que puede ser para el niño cada descubrimiento, realizado por él mismo, o simulado hábilmente —y con rigor científico— por el maestro, cuando las condiciones materiales no permiten su ejecución. Enseñarle a descifrar los interrogantes que presenta de continuo el mundo material que le rodea: más aún, provocar en su mente, de modo oportuno, la aparición de estos interrogantes.

Para una plena eficacia, el desarrollo de los programas de Ciencias ha de ser eminentemente práctico. Más que cualquier otra disciplina, las materias científicas exigen un método activo: participación constante de los alumnos, que han de sentirse protagonistas en las experiencias orientadas por el maestro. Experiencias que han de desembocar en la formulación de una ley, en un mayor conocimiento de la materia y de la energía.

La enseñanza de las Ciencias, orientada así, es enormemente atractiva para los niños. Y lo que es más importante aún, crea y desarrolla en ellos un gran bagaje de hábitos y destrezas:

— Espíritu de observación del mundo que les rodea: formas, colores, seres y fenómenos. De aquellos hechos que ocurren con una aparente rutina, o de otros que surgen de una manera sorprendente. Desarrollo de su capacidad de admiración.

— Hábitos de experimentación: reproducción de fenómenos científicos en el ambiente serio del gabinete escolar o en la diversión de un juego formativo. Cuidado con los detalles que garantizan el éxito de una práctica: exactitud en las medidas, delicadeza en las manipulaciones, precisión al reproducir las prescripciones de un experimento.

— Espíritu de investigación, que hace grata la aventura de descubrir los secretos de la Ciencia.

— Iniciativa para idear nuevas experiencias, mecanismos y situaciones relacionadas con otras ya conocidas.

— Generalización e inducción: descubrimiento de las leyes científicas, de las grandes normas que gobiernan el Universo.

— Alegría de penetrar en los misterios científicos, en las maravillas de la Creación.

Toda esta formación, bien encauzada, crea en el niño un espíritu abierto, alegre y objetivo, que empieza a desarrollarse en el campo de las actividades científicas y acaba por invadir la personalidad del alumno, por dotarle de una valiosa madurez y adaptación al mundo que le rodea.